

# Los años que me queden seguiré de enfermera



**Confiesa Regla Noelvis Orbera Prieto, licenciada en Enfermería, quien luego de laborar en el Hospital Calixto García viajó al Estado de los Emiratos Árabes Unidos para enfrentar la COVID-19**

Dayamis Sotolongo Rojas

“Te seleccionamos para ir a trabajar para La Habana”. Cuando le comunicaron eso corría el pasado mes de abril, ya había recibido el entrenamiento sobre la COVID-19 y lo único cierto entonces era la zozobra de estar en riesgo.

Mas, Regla Noelvis Orbera Prieto, licenciada en Enfermería, jamás se había negado a nada por azaroso que fuese el reto. Sin titubeos “aunque el temor siempre late” —me confesaría— se alistó en la brigada de 28 profesionales de la salud que por aquellos días fueron a laborar en la capital, salió del salón de operaciones en el Hospital General Provincial Camilo Cienfuegos, pero seguiría vestida de verde de pies a cabeza.

“Yo me fui primero de misión nacional. Me preparé para ir a trabajar en una zona roja, pero me tocó hacerlo en la sala de Terapia Intensiva del Hospital Calixto García —dice—. Cada tres días hacíamos 24 horas de guardia.

“Ahí dentro no teníamos tiempo de nada, hasta me intoxicqué un día, me puse una hidrocortisona y seguí trabajando. La satisfacción que me queda es que antes de irnos, de los cuatro pacientes críticos que atendimos logramos recuperar a dos que salieron de la sala”.

Durante aquel mes pondría a prueba los conocimientos de las casi tres décadas que se ha dedicado a la Enfermería, la pericia que adquiriera en la Unidad de Cuidados Intermedios del Camilo Cienfuegos, donde estuvo siete años, y “esa fue la escuela mía como enfermera” —revela— hasta que hizo el diplomado de Anestesiología y se apasionaría definitivamente por ese mundo de monitores, mesas quirúrgicas, tubos endotraqueales, ventiladores...

La Habana la despediría a ella y al resto de la brigada con la recompensa de poder sanar a otros en tierras mucho más distantes y ajenas. “Mi satisfacción es que empecé primero salvando a los míos aquí y después salí al extranjero”.

Antes, solo tuvo tiempo de venir a ver de prisa a las hijas, a los padres y al nieto en su natal Sancti

Spíritus; luego, subiría por segunda vez a un avión —ya lo había hecho cuando fue a cumplir misión en la República Bolivariana de Venezuela— para aterrizar a inicios de junio en el Estado de los Emiratos Árabes Unidos.

Abu Dabi, la capital, los engulló con sus edificios altísimos, las calles populosas, su vida tan cosmopolita y su rostro primermundista. En la entrada del hotel aquel *Welcome* era el mejor modo de abrirles las puertas.

“Fue una experiencia única; es una ciudad bella, de Primer Mundo, pero hay un calor que te puedes deshidratar. Además, siempre teníamos el temor de contagiarnos, pues yo trabajaba haciendo PCR a la población, casa por casa, de los edificios que nos asignaban cada día”.

Salían invariablemente a las cuatro de la tarde y pocas veces regresaban antes de las cuatro de la mañana. Era un grupo multicultural por así decirlo: africanos, sirios, indonesios, palestinos... y los diferenciaba mucho más que el lenguaje.

“Tenían mucho recelo porque los cubanos, decían, estamos muy bien preparados y la mayoría de ellos eran técnicos o estudiantes. En los edificios, primero, la policía recogía los carnés de identidad de todos los habitantes y, luego que se rotulaban los tubos, subíamos apartamento por apartamento a hacer el PCR.

“Había casas a las que los hombres no podían entrar porque no se permitía ver a las mujeres y para nosotras hacerles la prueba ellas se viraban de perfil y se descubrían un poco el rostro”.

Y eran los trajes que se pegaban al cuerpo con tanto sudor, los tres guantes que se ponían, el gorro para el pelo, los tres nasobucos a veces.

“Eran unas escafandras como las que usaron los que combatieron el Ébola. Yo pedía dos o tres trajes para cambiarme, porque en ocasiones a las seis de la mañana no habíamos terminado. Pero no hubo discriminación, ni a mí que soy negra, ni por el idioma que nos chocó porque era todo en inglés, ni por la idiosincrasia tan distinta; de aquellas personas tuvimos buena aceptación entre la población”.

Además de la cantidad de casos que decían las noticias se diagnosticaban y los tratamientos tan distintos a los nuestros que sus colegas comentaban se administraban para tratar la COVID-19, a Regla la impactó el día que visitó el centro de refugiados.

“Eran todos hombres, los sacaron a todos y los sentaron en tres filas para nosotros hacerles el PCR. Jamás habíamos visto un lugar así. No solo allí, en todos los lugares había mucho riesgo de contagio, por eso nosotros mismos creábamos las normas de bioseguridad y, por suerte, ninguno nos contagiamos, estamos sanos y salvos. Yo solo quería llegar a Cuba viva y sana”.

Y cuando el 15 de julio pasado el avión tocaba otra vez tierra cubana, a Regla de golpe le volvía el alma al cuerpo. Traía auestas no pocas enseñanzas.

“Se aprende que todo es sacrificio, desinterés y altruismo. Regresé con la bendición de pertenecer a la Brigada Henry Reeve y cada vez que haya una catástrofe daré el paso al frente.

“Lo digo sin que me quede nada por dentro: si volviera a nacer volvería a ser enfermera. Los años que me queden, aunque sea con un bastoncito, seguiré de enfermera; a mí me encanta el salón de operaciones”.

Y la descubrió entonces vestida de verde hasta el pelo, con la risa espontánea que le brota cuando habla, con las bromas para disipar tantas tensiones, con el eco del monitor de fondo y ella parada ahí, al borde de la mesa quirúrgica, en la cabecera del paciente sin separarsele ni un segundo.



Foto: Oscar Alfonso

## Mujer maquinista

**Yamilé Fernández Subiaurre es la única fémina que conduce trenes en la provincia**

Xiomara Alsina Martínez

Ni porque la mole de hierro que conduce hace más de 27 años está llena de polvo y grasa o la picapica acaricia su rostro cada vez que el viento sopla en contra durante su arribo al centro de limpieza de la caña donde espera para llevar los coches repletos hasta la barriga del central Melanio Hernández en época de zafra; ni tampoco por las noches de insomnio o los días con sol y calor, Yamilé, la única mujer maquinista del ferrocarril en la provincia, siente que escogió el oficio equivocado.

Desde sus recuerdos de infancia, sentada en el portal de la pequeña morada donde nació y aún vive, situada justo frente al taller donde se reparan los vagones ferroviarios, mira en retrospectiva las locomotoras de vapor, que en épocas pasadas movían las cargas en el patio interior del central de Tuinucú y luego a las de diésel, sin imaginar que un día, siendo muy joven, subiría la escalera de una de ellas para convertirse, primero en auxiliar y luego de mucho esfuerzo y preparación, en maquinista.

Graduada de técnico de nivel medio en Veterinaria, esta mujer escogió este oficio, sin desestimar el amor que siente por los animales, consciente de que al vivir en un batey cañero resulta imposible ignorar el trasiego de trenes cargados de caña, miel, azúcar, alcoholes, torula...

“Mi padre fue mecánico de calderas en el ingenio y luego, segundo administrador en la Destilería —confiesa Yamilé—, pero a mí nunca me permitían acercarme a los trenes por el temor de que algo me pasara. Así transcurrió mi infancia y parte de mi juventud, hasta que un día, estando como operadora de planta de radio y teléfono en el central, me enteré de

la convocatoria para un curso de auxiliar de maquinista y, por fin, en 1990 me subí a un tren.

“Fueron años duros, de intensa preparación, éramos un grupo de ocho mujeres de esta zona que comenzamos la capacitación en Jatibonico, siempre vinculadas a la actividad cañero-ferroviaria; después nos llevaron a Santo Domingo, en Villa Clara, para completar el riguroso entrenamiento, con muchas horas de práctica y exámenes escritos hasta que obtuve mi licencia de conducción y en el 93 ya era maquinista”, refiere Yamilé.

La locomotora rusa TGN-4 se desplaza lentamente por los 15 kilómetros de vía que conforman los distintos tramos dentro del patio de operaciones del central, un recorrido que se multiplica decenas de veces durante cada turno de trabajo, no importa que sea de día o de noche. Cuando ella se sube a la máquina de hierro, pasa 12 horas continuas, con solo pequeñas paradas para ingerir alimentos.

“Estuve fuera del trabajo tres años —explica— para cuidar a mi mamá hasta que falleció, después me incorporé a otro puesto dentro del propio central, pero siempre con la añoranza de volver a mi oficio. Durante ese tiempo escuchaba el sonido del motor de mi locomotora y decía, por ahí viene la 38, que son los dos últimos dígitos de la numeración de la máquina y así la identificaba”.

Hoy su vida está atada por completo al ferrocarril. De un lado, su locomotora; del otro, el esposo, que es también maquinista, y la hija que se desempeña como operadora en la Estación de Sancti Spíritus. Tal vez por eso cuando le preguntas sobre el porqué de este oficio siempre te responde: “Cuando te entra por la sangre la limalla de los trenes, difícilmente te la puedas sacar”.



Es una bendición pertenecer a la Brigada Henry Reeve, asegura Regla. /Foto: Cortesía de la entrevistada

**Escambray**

Órgano Oficial del Comité Provincial del Partido en Sancti Spíritus  
Fundado el 4 de enero de 1979

Director: Juan A. Borrego Díaz  
Subdirectora: Gisselle Morales Rodríguez  
Jefe de Información: Reidel Gallo Rodríguez  
Editora: Yoleisy Pérez Molinet

Diseño: Angel R. Borges y Yanina Wong  
Corrección: Miriam López y Arturo Delgado  
E-mail: cip220@cip.enet.cu  
Teléf. 41323003, 41323025 y 41323047

Dirección: Adolfo del Castillo No. 10  
Código Postal: 60 200. Sancti Spíritus  
Impreso en Empresa de Periódicos.  
UEB Gráfica Villa Clara. ISSN 9664-1277